

EL LATINOAMERICANO Y EL TIEMPO

"En ti, alma mía, mido los tiempos"
San Agustín. Confesiones, libro XI,
capítulo 27.

Para ser exactos, este trabajo trata de la concepción del tiempo, no de la idea del tiempo. Concepción no es lo mismo que idea. La idea es más rígida y delimitada, más centrada sobre su objeto. En la concepción, en cambio, están incluídas las afinidades con otras ideas. Hablamos pues, del tiempo como concepción y más concretamente, de su lugar en la mentalidad del hombre latinoamericano.

La idea de tiempo va fácilmente unida a otras ideas y actitudes. En efecto, conocemos en el tiempo, y esta dimensión atraviesa todo nuestro pensar. Y viceversa, nuestra mentalidad nos revela cuál es la idea del tiempo que se hace concepción y trabaja en nuestro ser. Un estudio descriptivo sobre el hombre latinoamericano no puede ignorar el papel desempeñado por la concepción del tiempo. Esta tiene sus raíces en el ser. Las modalidades de la concepción del tiempo corresponden a diferencias en la realización

del ser. El tiempo es la medida de la actividad interior y el ser es actividad. En la manera que el ser despliegue su actividad, en esa misma manera se manifestará el tiempo. En la medida que el ser se proyecte, en esa medida se percibirá el tiempo en su dimensión de futuro. En la medida que el ser se centre sobre sí mismo en actitud de defensa, en esa medida el tiempo se anquilosará y se hará imperceptible.

Como se ve, estamos hablando de un modo antropomórfico. Pero ¿no es acaso la conciencia humana donde tomamos contacto con el ser y contacto con el ser y con el tiempo? Nuestro conocimiento del tiempo "objetivo" y absoluto será por lo tanto análoga a esta percepción inmediata del tiempo que mide nuestro ser. Cada hombre y cada pueblo tienen su modo de ser, su talante en que realizan al ser. De aquí que tengan una concepción del tiempo, peculiar suya. Para quien objete que esto es un relativismo, respondemos preguntando: ¿qué puede diferenciar al ser sino el ser mismo? ¿Qué puede diferenciar al tiempo sino el tiempo mismo? Hay diversos seres y diversos tiempos. Por lo tanto diversas concepciones del tiempo, que, desde luego, pueden llegar a la unidad proporcional de los análogos.

La recta y el círculo

Existen básicamente dos concepciones del tiempo: la rectilínea y la cíclica. La cíclica es la geocéntrica. La de los pueblos agricultores y pastores. Los primeros, enraizados en la tierra viven en el marco de las oscilaciones de la noche y el día, y en el más amplio, pero no menos cíclico de las estaciones del año. Los pueblos pastores toman la unidad de tiempo de las revoluciones de los astros haciendo la medida en relación a puntos fijos de la tierra. El geocentrismo rutinario de agricultores y nómadas ha sido el determinante de una concepción del tiempo y de la vida, con tintes fatalistas, monótona e inerte, que encontramos preferentemente en los pueblos orientales.

La concepción lineal es la antropocéntrica. Los occidentales menos geocéntricos y más reflexivos sobre la naturaleza del hombre y los acontecimientos humanos, han captado mejor lo imprevisible del desenvolvimiento de los hechos en que interviene el hombre. Por eso, el tiempo tiene para ellos una dimensión irrepetible (no cíclica), sino siempre nueva, siempre abierta hacia adelante (rectilínea) a una meta determinada (sentido) a través de renovadas posibilidades.

Uno de los ejemplos más elocuentes de esta actitud lo encontramos en San Agustín, hombre eminente en la introspección, quien con toda sinceridad niega el carácter uránico del tiempo: "Oí de cierto hombre docto, que el movimiento del sol, la luna y las estrellas es el tiempo, pero no asentí" (Confesiones, libro XI, cap. 23) y poco después afirma: "De aquí me pareció que el tiempo no es otra cosa que una extensión, pero ¿de qué? No lo sé, y maravilla será si no lo es de la misma alma (ibid. cap. 26). San Agustín parece concebir el tiempo como la duración de la actividad del alma. En consonancia con esto identifica el tiempo total con la duración de la vida de toda la humanidad, cuyas puertas son las vidas de todos los hombres. Ese tiempo total es comparado con un canto, conjunto armónico único, cuya unidad le proviene efectivamente de su principio y de su fin.

Nuestro hombre latinoamericano, el de tierra adentro, el de sombrero de pelo de guama, ¿qué concepto tiene del tiempo? ¿Ha afinado el oído para percibir el palpitante del tiempo, o más bien, en una actitud totalmente extravertida, vive más o menos inconsciente del fluir de la temporalidad? Es típico el caso de aquel, que preguntado por el día de su nacimiento, respondió: "Nací entre la langosta y el saltón."

El momento exacto se pierde en la distancia polvorienta. Con dejadez se ha puesto a distancia del tiempo y no le quiere dar la cara, prefiere referirlo a acontecimientos extraños a sí mismo. Se ha abandonado del cuidado de medir lo temporal, de ahí su expresión descuidada: entre la langosta y el saltón. Esta actitud de "abandono" es característica. La podremos comprender mejor si examinamos la actitud contraria, la que el escritor Franz Werfel tiene en mentes cuando dice: el pobre tiene el tiempo en sus huesos. El tiempo lo despierta, lo hace correr, lo afana apareciéndosele en cada instante. El pobre de Werfel es a fin de cuentas un pequeño avaro que se mueve febrilmente al son de las monedas y de la maquinaria. En cambio, nuestro hombre de tierra adentro, es pródigo del tiempo, del espacio y del dinero. El tiempo no cuenta: amplias y prolongadas conversaciones consumen la tarde. Acaba. ¿Habrás sentido el tiempo? No. Ha visto que el sol se fue y ahora siente sueño. Vayamos tierra adentro y veremos que el tiempo es ajeno al hombre: allá se mueve el tiempo colgado del sol, o de la garganta del gallo y de la estación de las lluvias. Nuestro hombre tiene el tiempo muy lejos de sus huesos.

Refiere el Dr. José María Bengoa una graciosa anécdota, que le ocurriera cuando era médico rural en Sanare, Estado Lara. La paciente era una campesina entrada en años. El Dr. Bengoa le preguntó su edad.

— *Quién sabe, Doctor. Tal vez treinta años.*

— *¡Pero eso no puede ser!*

— *No se ponga bravo, Doctor, dijo la campesina, póngale entonces cuarenta.*

El espacio borra los contornos de la ancha llanura y de la sierra de altas montañas andinas. El llanero dice: por ahí no más. Y ese "más allá" es en realidad un centenar de Kms. El mundo amplio en que galopa el jinete invita a la desapehensión y distanciamiento de lo pequeño. En parecidas extensiones de tiempo sin contorno pastorea el llanero o el andino los contados quehaceres de su vida. No es hostigado por el horario, ni por el capataz, ni por la premura de la producción. Entonces se hace indiferente al tiempo. La concepción en el número del tiempo, observa Steger en su ensayo comentado en el número 248 de esta revista, no tiene sentido para el habitante de los Andes. El "abandono" respecto al tiempo llega a convertirse en una inconsciencia, en la somnolencia apacible de lo monótono, como una especie de nirvana oriental. El hombre es inconsciente al tiempo porque se ha dispersado, volcándose en la identificación de la naturaleza que lo rodea. Es el extravertido oriental: el pastor que vive en su ganado, el agricultor que pulsa la tierra y sus meteoros, para quien el tiempo es el buen o mal "tiempo".

Su estado de somnolencia es sacudido, aquí y allá por explosiones efímeras: un caudillo, un tumulto, una montonera, una "fiesta". Estos brotes espasmódicos de actitudes violentas no hacen

sino confirmar el estado habitual de somnolente despreocupación.

Parece como si lo violento hubiera adoptado una periodicidad cíclica integrándose al sistema y siendo absorbido por el abandono y monotonía subyugante. Así, a intervalos regulares el mexicano sacude su siesta para gritar Zapata, el gaucho brasileño pone a un lado el mate para ir tras Getulio, el venezolano forma montonera alrededor del "Mocho" en una cadena de revoluciones frustradas en sus comienzos o en su término, para volver al mismo estado de postración y apatía. La periodicidad caduca de lo violento y entusiástico subraya más lo inerte y desgano como las características básicas del ser latinoamericano.

La inercia del movimiento circular

El movimiento circular se repite indefinidamente. No cambia la trayectoria ni la velocidad. Por estar adherido inmutablemente a estos elementos fijos, predomina en él lo conservativo. El lenguaje ordinario expresa esta situación con la palabra "rutinario", que significa etimológicamente: movimiento de rueda. Desde luego, no es retrógrado. Su neutralidad respecto al progreso es innegable. El más perfecto de los movimientos, como fue tenido en la antigüedad; viene a ser un movimiento que no adquiere ni pierde nada, un movimiento que se niega a sí mismo. Quien posee la concepción cíclica del tiempo comparte este neutralismo en materia de cambios. Si todo ha de volver a sus comienzos, ¿para qué molestarse? Tampoco vale la pena molestarse para destruir. Se termina adoptando una actitud del todo pasiva. Un día como otro día, una reyerta como otra reyerta. El futuro como signo de expectación, como horizonte de posibilidades, no existe. Se le considera como una prolongación del presente. Ya sabemos lo que va a suceder. Así muere toda iniciativa. Es natural que un sentimiento conformista y fatalista impregne toda esa mentalidad. El indio en las altiplanicies andinas expresa en variedad de formas su fatalismo; con todo, su expresión preferida es "toca" (corresponde eso; ha de ser así). Los orientales, cíclicos, han frenado su cultura: así los árabes, así los chinos, así, en cierto grado, los hindúes. El fatalismo lleva un sello abiertamente inhumano: el chino viejo muere asfixiado por congestión pectoral mientras sus hijos lo ven morir impasibles: viejo, te ha llegado la hora, ("toca").

La inercia como actitud psicológica y el fatalismo como posición gnoseológica se completan mutuamente. En los pueblos de tierra adentro este conformismo inerte es asfixiante: los esfuerzos paternalistas para introducir mejoras agrarias se han volatilizado en ron o en alpagatas mientras el campesino se aferra a sus instrumentos rudimentarios (conuco) y a sus euforias hebdomadarias (ron).

El ranchícola ha cerrado su futuro con un chamizal, y no es la falta de recursos sino la mengua de sus ilusiones lo que lo encadena al pasado. Notemos una vez más que no se dan impulsos regresivos: el ranchícola no tiende a ser arborícola ni cavernícola. Lo que hay es una fijación en el quehacer habitual. El chino es más sibarita que el latinoamericano, y su ingenio trabaja en provecho de lo epicúreo; aun este esfuerzo de fantasía falta por completo en nuestro pueblo. Este abandono inerte se encuentra tipi-

ficado en el caboclo brasileño. El caboclo habita en los campos, come una vez al día, familiarizado con la suciedad y los harapos, no trabaja sino que lleva una vida postrada e indolente. ¿Cómo se podría acelerar esta masa inerte? Hay quienes piensan en la inmigración. Quienes así piensan, ignoran que el fenómeno caboclo no es racial. El caboclismo es contagioso y se observa en el Brasil inmigrantes alemanes completamente cabocloizados.

Todo el tiempo en un día: vivir al día

La inmigración no es toda la solución porque la tierra hace al hombre. El trópico, donde un aguacero hace surgir en un día una pequeña selva de arbustos, donde una sequía improvisa un desierto y una lluvia hace brotar un torrente, es el habitat de aquellos que viven con el momento presente identificados con lo efímero de cada día.

El rancho es el símbolo de la habitación fugaz y perpetuamente provisional. En la zona de los pueblos de mentalidad cíclica la habitación es el reflejo de su vivir-al-día, sin futuro ni pasado: las tiendas blancas de los nómadas árabes, las casas de lodo del valle del Eufrates, las frágiles casas de papel de los chinos. Nuestro pueblo tiene lo suyo: el rancho. Rancho de un día, para un día. ¿Mañana? Mañana (cuando sea ese "mañana") se hará otro rancho para mañana. No sólo la habitación, sino también los instrumentos de trabajo son puestos en uso para el día, sin importar nada la conservación ni procurarles una consistencia para el futuro. Hace varios años tuvo el P. Manuel Aguirre, S. J. una empresa para que los choferes de taxis llegaran a ser propietarios de sus carros. Parte de la ganancia diaria se destinaba a amortizar el costo del vehículo. De los setenta choferes que había al comienzo del proyecto, sólo unos diez llegaron a pagar toda las cuotas y a convertirse en verdaderos propietarios. El resto consideró el carro como una oportunidad del momento para explotarlo lo más posible. Lo forzó, lo subalquiló a otros, lo abusó, lo destruyó y finalmente lo dejó abandonado mucho antes de transcurrir el breve plazo en que pasaría definitivamente a sus manos. Tales usos devastadores sin ninguna toma de conciencia para el futuro se observan en otras ayudas comunitarias de tipo más o menos paternalista: bibliotecas, equipos deportivos, instrumentos agrarios: se los destruye alegremente en un día, liquidando de paso todo el futuro. Es una de las dificultades vitales para el éxito de nuestra Reforma Agraria.

El hombre tropical es parásito fácil de la tierra feraz. No tiene graneros, ni depósito de leña ni cimientos, ni torres. Nada que lo relacione con el futuro y sus imprevistos. Llevado en los brazos de la naturaleza, el hombre tropical no trata de imponerse al tiempo: como un luchador de yudo, se deja llevar por la fuerza del tiempo y subsiste.

El rancho se abre con el sol todos los días como una flor y alberga a los que sólo quieren vivir como las flores. Lo significativo para nuestro problema en este vivir al día en identificación con lo efímero, es que el horizonte del tiempo se ha estrechado hasta reducirse a un instante aislado. Lo grave es que restringir las relaciones vitales sólo al momento aislado es propio de aquellos vivientes a quienes guía y salva el instinto en cada situación nueva. Ni el recuerdo ni la previsión juegan ningún papel en la supervi-

encia de los irracionales. Estos viven sumergidos en lo instantáneo. Vemos entonces que la tropicalización ha conducido a dejar las riendas de la supervivencia a los conocimientos instintivos. El parasitismo en lo natural y el paternalismo en lo social han favorecido el predominio del elemento instintivo, de fácil e inmediata adaptación a situaciones imprevistas. Aquí tenemos un modo de concepción del tiempo cíclico: la repetición de un mismo instante.

La vinculación a lo presente

La visión del tiempo que se proyecta al futuro es condición para que el hombre sea consciente de sus propios problemas y de su responsabilidad con su dimensión histórica que ha de realizarse en el tiempo. Esta conciencia de responsabilidad, junto con el sentido de misión y destino, no ha faltado en los pueblos occidentales, gracias a la mayor reflexión con que éstos viven. El sentido de responsabilidad es un sentirse comprometido para el futuro, y cuando se trata de valores elevados, tiene lugar un cometimiento de por vida. El que no quiere compromiso elude toda responsabilidad.

Todo esto lo ignora el hombre latinoamericano. No sólo el de tierra adentro, sino el habitante de las costas y de las urbes se zafa de antemano de toda decisión. Sus lugares comunes: "mañana" y "vamos a ver" que directamente significan la dilación de la decisión son en el fondo una evasión a decidirse y a adquirir un compromiso. No quiere nada que lo vincule con el futuro ni con el resto de la vida. No se somete a un ideario político, permaneciendo en un oportunismo sin médula. Llega hasta institucionalizar esta actitud a-rresponsable con un rótulo: el partido de los independientes. En la vida familiar adopta la misma actitud eludiendo el matrimonio eclesiástico por no aceptar el vínculo conyugal de por vida. Instintivamente y sin tener clara conciencia de sus motivos, se resiste al matrimonio por la Iglesia. ¿Por qué quiere estar siempre expedito, disponible? ¿Por qué quiere ser un eterno free-lancer?

Respuesta: esta evasión a adquirir una responsabilidad es una defensa instintiva de un *ser-voluble-y-falto-de-perseverancia*. Todavía podemos preguntarnos por las raíces más hondas de esta volubilidad y ligereza. Más adelante, al hacer el análisis de los fenómenos ensayaremos una respuesta. Por ahora ampliamos más la descripción. Es cosa corriente los promisorios comienzos y los menguados fines. Una promisoriosa "salida" (¡largada!) de caballo acaba siendo llegada de burro. Se cansaron. Cada año abandona los estudios universitarios el 30% del alumnado. De los graduados de Derecho, sólo ejercen su profesión un 20%.

Son clásicos los ejemplos de airosas publicaciones que no llegan al séptimo número. La administración y los servicios públicos están colmados de eternos principiantes, pagando el alto tributo a la improvisación. El magisterio, apenas es considerado como profesión permanente, sino como un lugar de paso al profesorado, y de esta forma el maestro de turno es siempre un inexperimentado. Etc. La falta de sentido profesional es consecuencia de una concepción del tiempo vinculado tan solo con el momento actual, sin fijarlo hacia el futuro, sin tomar en serio el porvenir. La inestabilidad profesional es una faceta de la inestabilidad ontológica de quien está al vaivén de lo instantáneo.

Porque es inestable rechaza (instintivamente) las responsabilidades. (Desde luego, reflexivamente también las debiera rechazar porque no está en condiciones de cumplirlas.) Esa irresponsabilidad, si bien instintiva, es sin embargo, un grave juego con la vida. Como el futuro no pesa, su destrucción es sin importancia. Al consumir las reservas existentes se liquida el futuro. Algunas consecuencias de este juego irresponsable son irreversibles: peor que la tala de los bosques es el abandono de la infancia y más sería que la improvisación administrativa es la enseñanza sectaria.

Improvisación y mesianismo

A los caudillos de montonera y a los candidatos partidistas se les rodea con el halo de mesías. Este mesianismo (propio de pueblos parásitos) consiste en esperarlo todo de un candidato sin darse el trabajo de valorar su capacidad real ni la del equipo de hombres con los que pudiera hacer efectiva su administración. Se confía en la posición del mesías. Esa posición bastará para dar al más improvisado de los hombres la garantía de que su gestión tendrá éxito. Confiar solamente en la "posición" y desconocer las realidades de las que depende el éxito es un modo de evasión del futuro. Se desconoce que el futuro no depende de "posiciones" sino de las realidades actuales. Y una realidad es la capacitación personal. Se improvisa el elocuente, y a base de palabras se forma el halo mesiánico. El gobernante improvisado será frustrado, pero para entonces el pueblo estará entusiasmado con un nuevo mesías. Otra de las raíces del mesianismo personal o institucional (vg. el comunismo) es el parasitismo fácil con que se espera todo del gran padre, el Estado. El parásito no contribuye a nada sino se va manteniendo a costa ajena. *No sabe ni le preocupa cuánto va a durar esta situación.* Ausente del tiempo y de su dimensión futura, el parásito será envuelto en la ruina en el instante menos pensado.

El mal se hace irreversible cuando el parasitismo se institucionaliza en las formas de padrinazgo (en lo social), oportunismo partidista (en lo político). En toda esta actitud está latente una concepción del tiempo que gravita sobre el instante presente, para explotarlo con un oportunismo rapaz, siempre cambiante. Como las instituciones y en especial las democráticas suponen una estabilidad basada en el realismo y en el futurismo, la actitud oportunista, improvisatoria y voluble del hombre latinoamericano arroja bastante luz sobre sus frustraciones al intentar institucionalizar la Democracia (democracia decorativa).

Análisis

La presentación descriptiva de las páginas anteriores puede resumirse así: la concepción del tiempo en el latinoamericano es geocéntrica, convergente sobre la fértil tierra donde mora. Ajeno a una problemática seria antropológica, su tiempo se ha centrado en el *instante que se repite*, cortando perspectivas futuras y por lo tanto sin sentido del futuro, ni sentido de destino y de responsabilidad. De ahí su volubilidad, su oportunismo, su habitat y actitud siempre provisoria y sobre todo su inconstancia que lo impulsa inconscientemente a eludir compromisos perennes con los valores supremos.

Debemos intentar dar una interpretación a estos fenómenos. Al hacer el análisis de estos

datos se nos puede revelar algo de la esencia del hombre latinoamericano. ¿Qué hay en el fondo de su elusión a todo compromiso con el futuro? ¿Por qué carece de percepción de sentido? ¿Por qué se ha irracionalizado, en forma de vivir tan solo la dimensión puntual del instante repetible?

La atrofia del sentido de responsabilidad, con la disminución de la percepción de sentido y destino ha podido sobrevenirle al hombre latinoamericano a consecuencia de una *ruptura violenta* con un pasado que se proyectaba hacia adelante en forma lineal. Después de una cortadura radical con una determinada línea cultural sigue un estado caótico de desorientación en que el hombre se refugia en lo inmediato. Para quien conozca el hecho del origen de Latinoamérica no será desconocido tampoco cuando ocurrió el gran desquiciamiento y ruptura con el pasado. Latinoamérica resultó de tres componentes. El barco negrero trajo "mano de obra", homo oeconomicus, desarraigado violentamente, con el futuro en blanco como su mirada. El indio rompió con el pasado en dos formas: pasó a ser instrumento de trabajo, como el negro, o se volvió a la selva conformándose con la supervivencia primitiva. El criollo se fundió con esas culturas muertas, y en una misma guerra política se volvió insensatamente contra su propio haber cultural y desconfió de la tradición que le había dado su fuerza y su destino.

Todo ese desquiciamiento en que se efectuó el origen de Latinoamérica lleva a un comenzar de nuevo. Y todo nuevo comienzo es doloroso, y mientras se recobran las facultades de orientación y sentido, está el hombre en situación de "intemperie" delante de un horizonte sin perspectivas algunas, lo cual imposibilita todo "proyecto".

Mientras el horizonte no cobre profundidad, no está el hombre en condiciones de proyectarse ni de tener esperanza en algo. Se ha dicho que la esencia del hombre latinoamericano está en su condición de espera de lo indeterminado. Más exactamente, el hombre latinoamericano no tiene capacidad de esperar. Su esperanza no tiene objeto a la vista. Se encuentra más bien en situación de esperar la esperanza. Como un niño, del cual no se espera nada, sino que pueda algún día esperar. Solamente en este sentido es cierto decir que el latinoamericano espera, pero no sabe qué. Más exacto sería decir que el latinoamericano no es todavía. Está llegando a ser.

Los que piensan que ésta es una interpretación pesimista deben considerar que este estado de intemperie que sigue al desquiciamiento es necesariamente una etapa de recuperación y regeneración. Su finalidad es volver a adquirir la percepción de sentido y de destino. Pero este proceso es esencialmente lento. Coordinadas tan profundas como las del sentido no pueden improvisarse en un día, ni en un año, ni en un siglo. Porque es de recuperación, la situación del latinoamericano no es trágica. Antes tiene la grandeza de haber sido la fusión de tres continentes. Esta gran empresa supuso una conmoción tan grande que su empezar se parece a los orígenes desde la nada. Y en los límites de la nada está lo a-temporal. La nada es vacilante, tímida de todo proyecto, desconfía de aquello que tuvo un fin violento. Estos son los comienzos puros: un juego. Al principio, todo fue un juego. No nos asombremos si la actitud del latinoamericano se asemeja a la del juego.

Rafael CARIAS, S. J.